

HISTORIA DE UNA PRINCESA, SU PAPÁ, UNA MARIPOSA Y EL PRÍNCIPE KINOTO FUKASUKA

Sukimuki era una princesa japonesa.

Vivía en la ciudad de Siu Kiu, hace como dos mil años, tres meses y media hora.

En esa época, las princesas todo lo que tenían que hacer era quedarse quietitas.

Nada de ayudarle a la mamá a secar los platos. Nada de hacer mandados. Nada de bailar con abanico. Nada de tomar naranjada con pajita.

Ni siquiera ir a la escuela. Ni siquiera sonarse la nariz. Ni siquiera pelar una ciruela. Ni siquiera cazar una lombriz.

Nada, nada, nada.

Todo lo hacían los sirvientes del palacio: vestirla, peinarla, estornudar por ella, abanicarla, pelarle las ciruelas.

¡Cómo se aburría la pobre Sukimuki!

Una tarde estaba, como siempre, sentada en el jardín papando moscas, cuando apareció una enorme Mariposa de todos colores.

Y la Mariposa revoloteaba, y la pobre Sukimuki la miraba de reojo porque no le estaba permitido mover la cabeza.

—¡Qué linda mariposapa! —murmuró al fin Sukimuki, en correcto japonés.

Y la Mariposa contestó, también en correctísimo japonés:

—¡Qué linda Princesa! ¡Cómo me gustaría jugar a la mancha con usted, Princesa!

—Nopo puepedopo —le contestó la Princesa en japonés.

—¡Cómo me gustaría jugar a la escondida, entonces!

—Nopo puepedopo —volvió a responder la Princesa, haciendo pucheros.

—¡Cómo me gustaría bailar con usted, Princesa! —insistió la Mariposa.

—Eso tampoco puepedopo —contestó la pobre Princesa.

Y la Mariposa, ya un poco impaciente, le preguntó:

—¿Por qué usted no puede hacer nada?

—Porque mi papá, el Emperador, dice que si una Princesa no se queda quieta quieta como una galleta, en el imperio habrá una pataleta.

—¿Y eso por qué? —preguntó la Mariposa.

—Porque sípi —contestó la Princesa—, porque las princesas del Japonpón debemos estar quietitas sin hacer nada. Si no, no seríamos princesas. Seríamos mucamas, colegialas, bailarinas o dentistas, ¿entiendes?

—Entiendo —dijo la Mariposa—, pero escátese un ratito y juguemos. He venido volando de muy lejos nada más que para jugar con usted. En mi isla, todo el mundo me hablaba de su belleza.

A la Princesa le gustó la idea y decidió, por una vez, desobedecer a su papá. Salió a correr y a bailar por el jardín con la Mariposa.

En eso se asomó el Emperador al balcón y, al no ver a su hija, armó un escándalo de mil demonios.

—¿Dónde está la Princesa! —chilló.

Y llegaron todos sus sirvientes, sus soldados, sus vigilantes, sus cocineros, sus lustrabotas y sus tías para ver qué le pasaba.

—¡Vayan todos a buscar a la Princesa! —rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

Y allá salieron todos corriendo y el Emperador se quedó solo en el salón.

—¿Dónde estará la Princesa! —repitió.

Y oyó una voz que respondía a sus espaldas:

—La Princesa está de jarana donde se le da la gana.

El Emperador se dio vuelta furioso y no vio a nadie.

Miró un poquito mejor y no vio a nadie.

Se puso tres pares de anteojos y entonces sí vio a alguien.

Vio a una mariposota sentada en su propio trono.

—¿Quién eres? —rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

Y agarró un matamoscas, dispuesto a aplastar a la insolente Mariposa.

Pero no pudo.

¿Por qué?

Porque la Mariposa tuvo la ocurrencia de transformarse inmediatamente en un Príncipe.

Un Príncipe buen mozo, simpático, inteligente, gordito, estudioso, valiente y con bigotito.

El Emperador casi se desmaya de rabia y de susto.

—¿Qué quieres? —le preguntó al príncipe con voz de trueno y ojos de relámpago.

—Casarme con la Princesa —dijo el Príncipe valientemente.

—¿Pero de dónde diablos has salido con esas pretensiones?

—Me metí en tu jardín en forma de Mariposa —dijo el Príncipe—, y la princesa jugó y bailó conmigo. Fue feliz por primera vez en su vida y ahora nos queremos casar.

—¡No lo permitiré! —rugió el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

—Si no lo permites, te declaro la guerra —dijo el Príncipe, sacando la espada.

—¡Servidores, vigilantes, tías! —llamó el Emperador.

Y todos entraron corriendo, pero al ver al Príncipe empuñando la espada se pegaron un susto terrible.

A todo esto, la Princesa Sukimuki espiaba por la ventana.

—¡Echen a este Príncipe insolente de mi palacio! —ordenó el Emperador con voz de trueno y ojos de relámpago.

Pero el Príncipe no se iba a dejar echar así nomás.

Peleó valientemente contra todos. Y los lustrabotas escaparon por una ventana. Y las tías se escondieron aterradas debajo de la alfombra. Y los vigilantes se treparon a la lámpara.

Cuando el Príncipe los hubo vencido a todos, preguntó al Emperador:

—¿Me dejas casar con tu hija, sí o no?

—Está bien —dijo el Emperador con voz de laucha y ojos de lauchita—. Cásate, siempre que la Princesa no se oponga.

El Príncipe fue hasta la ventana y preguntó a la Princesa:

—¿Quieres casarte conmigo, Princesa Sukimuki?

—Sípi —contestó la Princesa entusiasmada.

Y así fue como la Princesa dejó de estar quietita y se casó con el Príncipe Kinoto Fukasuka. Los dos llegaron al templo en monopatín y luego dieron una fiesta en el jardín. Una fiesta que duró diez días y un enorme chupetín.

*Así acaba, como ves,
este cuento japonés.*

(WALSH, María Elena. *Cuentopos de Gulubú*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000. p. 19-26.)

LA LUNA Y LA VACA

Como ustedes saben, la Luna es una señora redonda, monda, oronda y lironda, que está siempre sentada en el cielo.

Y también habrán pensado muchas veces: ¿la Luna no se aburre allá arriba, tan sentada?

Ahora que los hombres ya van a visitarla, ¿no se le habrá ocurrido nunca jugar a las visitas con nosotros?

Podríamos hacerla saltar, botar y rodar como una pelota blanca.

Pues bien, yo les contaré un secreto, pero no lo repitan a nadie:

Hace mucho, mucho tiempo, cuando la Luna era chiquita, bajaba a la Tierra todos los lunes.

Sí, venía a jugar y a hacer travesuras.

Y bajaba sin permiso del Sol, que se quedaba allá arriba sentado en su trono, muerto de calor, mirándola de reojo muy enojado.

Y la Luna chiquita se divertía mucho aquí en la Tierra.

Jugaba con los gatos, los chicos, los pájaros mosca y las ovejas. Se bañaba en los arroyos y rodaba por los toboganes. Se caía de las hamacas y botaba por las calesitas. Pero un lunes le pasó un accidente, pobre Luna, y desde entonces no quiso volver más a la Tierra.

Se quedó sentada en el cielo para siempre, redonda, monda, oronda y lironda, repitiendo una triste canción que dice:

*No, no, no,
a la Tierra no vuelvo yo,
que una Vaca me lamió
y eso sí que no me gustó,
no, no, no.*

Y ahora les contaré, en secreto, qué le pasó a la Luna cuando bajó a la Tierra hace muchos, muchos años, por última vez.

Resulta que vino rodando por el cielo, como todos los lunes.

Aterrizó en un campito verde lleno de flores y mariquitas.

El sol brillaba muy fuerte, de puro enojado que estaba con la escapada de la Luna. Como se había agachado para mirarla mejor, hacía mucho calor.

La Luna se bañó en el arroyo para refrescarse y después se sentó en el pastito muy tranquila cuando, como todos los lunes, se le acercaron sus amigos: chicos, sapos, ovejas, pájaros mosca y grillos.

Se pusieron todos a jugar, y la Luna rodaba de aquí para allá, de allá para aquí, riendo en jajajá y riendo en jijjí.

Jugaron a la escondida, a la mancha venenosa, al Martín Pescador... bailaron la rancherita y el pericón, hasta que por fin los chicos tuvieron que irse al colegio, las ovejas a almorzar, los grillos a cantar y los pájaros mosca a pajarear.

La Luna se quedó sola y, como estaba muy cansada de tanto brincar, decidió dormir una siestita.

Durmió un rato muy largo.

Cuando se despertó, el Sol ya se estaba resbalando por el horizonte, sin dejar de mirarla de reojo y con las cejas tan arrugadas como si fueran dos ciempiés.

Al despertarse, la Luna sintió algo muy raro en la cabeza.

Una cosa áspera, caliente y húmeda la acariciaba torpemente.

—¿Pero qué es eso? —gritó la Luna asustada.

Y se encontró con los ojos tontos y vacunos de una Vaca que la estaba lamiendo entusiasmada.

La Luna se tocó la cabezota y notó con horror que le faltaba un buen pedazo.

La Vaca, a todo esto, se relamía.

—¡Pero qué barbaridad! —le dijo la Luna—. ¡Me has estado lamiendo durante toda la siesta con esa lengua grandota y de papel de lija! ¿No te da vergüenza, Vaca vacuna?

La pobre Vaca se disculpó diciendo:

—Tunúus rucu gustu u sul, u cumu u mú mu gustu muchu lu sul...

(Las vacas hablan solamente con la U, de modo que esto, traducido del vacuno al castellano, quiere decir: "Tenías rico gusto a sal, y como a mí me gusta mucho la sal...".)

Y la pobre Luna se puso a llorar.

—¡Ahora sí que el Sol me va a retar, y con toda razón, porque ya no soy redonda, monda, oronda y lironda, me falta un pedazo, parezco un huevo!

La Luna lloraba frotándose tristemente el pedazo de cabeza que le faltaba.

A todo esto, la Vaca se relamía, y como única palabra de consuelo y disculpa, decía atentamente:

—Muuuuu.

El Sol se tapó con una nube y desapareció, para no seguir presenciando tamaña calamidad.

La Luna, tristísima, se volvió al cielo, donde algunas veces, cuando se da vuelta un poquito, ustedes le podrán ver el buen pedazo de Luna que le gastó la Vaca con su lengua de lija.

Por eso ahora la Luna prefiere no bajar más a la Tierra, y se queda sentada en el cielo todas las noches, repitiendo esta triste canción que dice:

*No, no, no,
a la Tierra no vuelvo yo,
que una Vaca me lamió
y eso sí que no me gustó,
no, no, no.*

*Y a las tres, a las dos y a la una,
se acabó el cuento de la Luna.*

(WALSH, María Elena. *Cuentopos de Gulubú*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000. p. 83-88.)

EL PATIO

Ésta era una escoba que se aburría. Estaba en un rincón del patio, con la paja para arriba. Eso no le gustaba, porque la paja eran sus piernas y también sus manos. Estar en un rincón, patas arriba, y para colmo en un patio tan sucio, ¡qué mortadela de vida!

Las hojas secas, las pelusas, los diarios viejos, los carozos de banana, los pelos de gatiporro, las cáscaras de aceituna y las latas vacías le hacían cosquillas en la punta del palo, que era su cabeza, y ella pensaba (en el suelo) que alguien la debía llevar a barrer alguna vez.

Su abuela le contaba que en sus tiempos, los chicos se entretenían en montar una escoba, jugando al caballito, pero eso nunca le había pasado.

Un día alguien tiró junto a ella un trapo de piso. El trapo se le enredó en la cabeza como una bufanda. O como una media de lana. O como el turbante de Arafat.

—¡Qué asquete! —pensó la escoba.

Y el trapo, que estaba sucio pero no era zonzo, la oyó:

—Por lo menos te acompaño y te abrigo —le dijo.

—Tengo frío no —dijo ella—, aburrída pero estoy, cuento un contame, dale.

Pero el trapo no entendió, porque la escoba trabucaba las palabras al estar con la cabeza para abajo. Además, no recordaba ningún cuento.

La familia de la casa era buena gente pero no tenía ganas de ocuparse del patio. Los chicos prometían baldearlo cada verano y después se iban a los videojuegos.

Un domingo se fueron todos al Zoológico, y entonces entraron dos ladrones. Cargados con el televisor, la licuadora, una lata de galletitas, un par de zapatillas y el reloj de cucú, quisieron escapar por el patio.

Cuando los vio, la escoba se cayó del susto, con tal puntería que un ladrón tropezó con ella y se rompió el coco. El trapo dio un salto y se le enredó al otro ladrón en la cabeza, que asustado empezó a disparar tiros a la bartola.

Al oír el tiroteo, el vigilante de la esquina se despertó y entró corriendo en la casa, después de abrir la puerta de un patadón inútil, porque ya los cacos la habían forzado.

Se agarró el pie golpeado y saltando en una pierna llegó al patio, empuñó la escoba y de un buen escobazo en la mano del asaltante hizo volar el arma, que cayó patinando hasta chocar con una maceta petisa. ¡Poiiiiing!

De la maceta colgaba un helecho grande como una peluca de gigante.

El policía esposó a los ladrones y los llevó presos, a la vista de todos los vecinos, que aplaudieron como en el teatro y revolearon camisetas.

Los presos declararon que habían sido atacados por una escoba asesina y un trapo feroz.

Esto lo supo la familia cuando encontró su televisor y sobre todo su reloj de cucú despanzurrados por ahí, como otras basuras.

Entonces vieron lo sucio que estaba ese pobre patio y a pesar de que ya oscurecía se pusieron a baldear con alma y vida. Los chicos terminaron bailando con la escoba y al trapo lo colgaron, limpito, de un alambre, donde se hamacó hasta hartarse.

La tortuga Manuelita, que estaba durmiendo a pata suelta bajo el helecho, despertó sobresaltada y se desveló para el resto del invierno.

No quiso saber nada más de ese patio ni de esa maceta ni de ese helecho ni de esa escoba ni de ese trapo de piso ni de esos ladrones ni de ese vigilante ni de ese reloj de cucú ni de esos pelos de gatiporro.

¡Mucho menos de los carozos de banana!

Y decidió ir a recorrer el mundo.

(WALSH, María Elena. *Cuentopos de Gulubú*. Buenos Aires: Alfaguara, 2000. p. 19-26.)